

Cuadernos del Concilio 3



La Tradición
(DV 7-10)



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*



CEM

Conferencia del **Episcopado** Mexicano

Cuadernos del Concilio

**La Tradición
(DV 7-10)**

Rino Fisichella

Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.
D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo
Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación
Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 3

La Tradición (DV 7-10)

Autor: Rino Fisichella

Primera edición (castellana) 2023

ISBN: 978-607-7837-44-2

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,
C. P. 14000, Ciudad de México
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).
Impreso en México.

ÍNDICE

Capítulo 1: El valor de la tradición	9
La Tradición como memoria viva	9
La Tradición en la vida de la iglesia	13
Capítulo 2: Transmitir la verdad en modo vivo	17
S. Ireneo: la Tradición de la verdad	17
S. Ireneo: la Tradición no escrita	20
Capítulo 3: El dinamismo de la Tradición	25
Una Tradición viva	25
La Tradición no es costumbre	30
Un hito	32
Conclusión	37
Dei verbum 7-10	
CAPÍTULO II TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA	45
Los apóstoles y sus sucesores, heraldos del Evangelio	45
La Sagrada Tradición	46
Mutua relación entre la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura	47
Relación de una y otra con toda la Iglesia y con el Magisterio	47

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)

3. La Tradición (DV 7-10)

4. La inspiración (DV 11-13)

5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)

7. La sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)

8. Vivir la liturgia en parroquia (SC 40-46)

9. El misterio eucarístico (SC 47-58)

10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)

11. Los Sacramentos (SC 59-81)

12. El Domingo (SC 106)

13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)

14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)

16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)

17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)

19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)

20. Los laicos (LG 30-38)

21. La vida consagrada (LG 43-47)

22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)

23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)

24. María, la primera de las creyentes (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)

26. El sentido de la vida (GS 4)

27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)

28. Autonomía y servicio (GS 33-45)

29. La familia (GS 47-52)

30. La cultura (GS 53-62)

31. La economía y las finanzas (GS 63-72)

32. La política (GS 73-76)

33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)

34. La paz (GS 77-82)

EL VALOR DE LA TRADICIÓN

La tradición como memoria viva

La tradición es uno de los temas más importantes para entender el presente. Sin tradición no habría historia y no se podría comprender el momento que vivimos ni el futuro. Lamentablemente, se confunde con frecuencia tradición con tradicionalismo y, en una cultura que tiende a extrapolar las diferencias, se nos divide entre conservadores y progresistas, de derecha y de izquierda, democráticos y republicanos... Hay una tendencia a deslegitimar al adversario, acusándolo de estar atado a la tradición, en contraposición a las perspectivas de apertura. No hay nada más peligroso que poner en discusión la tradición, porque no se trata en absoluto de una elección conservadora, sino por el contrario, de un incentivo para el verdadero progreso y al desarrollo.

Vienen a la mente, con su tono provocativo, las sabias palabras del filósofo: «La tradición es la fe viva de los muertos, el tradicionalismo es la fe muerta de los vivos. Y supongo que debería añadir hasta qué punto es el tradicionalismo lo que le da tan mala fama a la tradición» (Jaroslav Pelikan, *The Vindication of Tradition*, New Haven 1984, 65). Es justamente así. ¡Quien hoy hable de tradición es rápidamente tildado de tradicionalista y ha dejado de vivir! La identificación es demasiado

instrumental e ingenua como para no pensar que quienes la llevan a cabo tienen una visión miope, producida muchas veces por la ignorancia. La tradición es una condición de vida sin la cual no hay futuro. En la era de la internet, todo esto se vuelve aún más evidente. La cultura de lo inmediato, del “ahora mismo”, está devorando rápidamente las categorías tradicionales de espacio y tiempo para situarnos en un contexto sin referencias. La composición de un texto, por poner un ejemplo, sale nítido y limpio de la impresora después de imprimir un simple botón. El desarrollo del pensamiento del autor durante la escritura, las correcciones realizadas y lo que podría implicar verificar la dinámica impresa en el texto: todo se supera y borra por completo. Quienes solían pasar página por página para llegar a los avances de un autor, deben dejar paso a otras formas de interpretación más sofisticadas y que aún están por descubrirse en estos momentos. Esto no quita que, incluso en la era de la inteligencia artificial y de una tecnología cada día más sofisticada día a día, que almacena todo estáticamente en la memoria de una computadora, se pueda reiterar con mayor convicción la necesidad de una *memoria viva* que se vuelva partícipe de una transmisión dinámica del patrimonio del pasado.

En un contexto cultural cada vez más desprovisto del sentido de la historia como maestra de la vida, resulta algo inusual para la religión misma reproponer el tema del valor normativo de la tradición. Y, sin embargo, precisamente en este marco, surge aún más la necesidad de una criteriología que nos permita preservar aquello que merece la pena y transmitir con mayor convicción lo recibido. Sería perjudicial ceder a la voz de las sirenas, que se escucha con más fuerza en una cultura tecnicista que domina cada día más el estilo de vida de las nuevas generaciones. En efecto, será necesario explicar cómo es posible que un hombre cada vez más fascinado, aunque subyugado por la difusión de las diversas formas tecnológicas que increíblemente lo llevan a conectarse simultáneamente de una parte a otra del planeta, se sienta, sin embargo, cada vez más solo, incapaz de relaciones in-

terpersonales reales y nostálgico de épocas y tradiciones de las que, quizás, sólo ha oído hablar a sus abuelos. A esto hay que sumar necesariamente el gran tema de la *memoria* que vive almacenada en un disco duro (*hard disk*) o en una nube (*cloud*) cada vez más avanzada, capaz de recopilar miles de millones de datos para ser utilizados en su debido momento. Es fácil imaginar hasta qué punto esta dimensión choca con el concepto de *memoria viva*. En un disco todo se conserva de forma estática, sin ningún tipo de discernimiento y mucho menos de creatividad, mientras que la *memoria viva* de la comunidad es un presagio de dinamismo y creadora de transmisión. En un contexto similar, mientras todo gira en torno a lo nuevo y lo creativo, proyectado hacia el futuro y bajo el dominio indiscutible del progreso, parece contradictorio hablar de la fuerza normativa de la tradición. Y, sin embargo, nunca se reiterará con la debida convicción que, una vez descartada la referencia al significado profundo de la historia, la vida personal y social se aplana hasta convertirse en esas formas ingenuas de repetitividad que están ante nuestros ojos en la era de la globalización. Paradójico, pero cierto. La búsqueda de la novedad conduce inevitablemente al descubrimiento de lo dado en el pasado.

Ser herederos de un patrimonio como la tradición nada tiene que ver con una referencia a fórmulas perdidas, lenguajes esotéricos o ruinas esparcidas aquí y allá en la maraña de construcciones modernas. Comprenderse como herederos del pasado, por el contrario, implica tomar conciencia de una relación que crea continuidad con la historia precedente porque nos descubrimos débiles, necesitados, pobres e impotentes. Aquí, probablemente, se juega plenamente la responsabilidad creativa que encuentra su fundamento en el pasado, pero con la obligación de crear en el presente sin ceder a la nostalgia, más bien llenos de esperanza. Quedarse ligados únicamente al pasado se convertiría en una jaula insostenible para quien está proyectado hacia el *éschaton*. Transmitir, en cambio, no es un mero y cansado acto aburrido nostálgico, sino un movimiento dinámico que mira al regreso de

Cristo como propulsor de perenne novedad: «He aquí que hago nuevas todas las cosas, ¿no se dan cuenta?» (Is 43,19).

Es propio del hombre transmitir los contenidos que forman parte de su historia. La transmisión es un acto típico de la cultura con la que se busca preservar los elementos que la caracterizan: la investigación, la reflexión, las expresiones materiales y espirituales más significativas. Todo contribuye a formar un acervo de experiencias que crean identidad y pertenencia, y que se expresan con distintos lenguajes. La tradición permite al hombre, que vive en constante tensión entre su propia finitud y el sentido de trascendencia, mantener viva esta aspiración y expresarla como un fenómeno universal. Esto significa que transmitir el contenido básico de la identidad de un pueblo, si bien, por un lado, matiza cada vez más el sentido de pertenencia a la propia cultura, por otro, nos hace partícipes de un movimiento que va más allá de las propias fronteras para compartir un proceso más amplio y universal.

Es en este desarrollo donde entra con fuerza la necesidad de la tradición. Los pueblos, de hecho, se comunican entre sí y la historia de uno se da a conocer a otro, creando una forma de complementariedad. Una herramienta esencial en este proceso es el “lenguaje”, en su sentido más amplio, porque permite la comunicación y transmisión de contenidos que crean una tradición. Mediante ella, cada uno se forma a sí mismo y su propia personalidad, se autocomprende inserto en una genealogía que lo ha preparado y que lo sigue condicionando, pero, sobre todo, descubre que es el creador de una nueva cultura y el primer transmisor entre sus contemporáneos. En definitiva, sin tradición no hay posibilidad de entenderse a uno mismo ni a la historia. Con razón Yves Congar podía escribir:

Un ambiente sólo existe gracias a los hombres y entre los hombres. La tradición, como ambiente en el que recibimos el cristianismo y nos formamos según sus principios, existe sólo en la medida en que es llevada por quienes, habiéndola recibido, la viven y la transmiten

a otros para que ellos a su vez la vivan...¿Hemos pensado alguna vez lo que seríamos si nos redujéramos a confiar únicamente nosotros mismos? Seríamos una humanidad bien pobre, que se agotaría en asegurar las más elementales bases de subsistencia sin poder emprender nada grande... ¡Qué pobre sería, qué incierta sería nuestra fe, si estuviéramos realmente solos frente al texto bíblico! ¿Y quién nos lo habría dado, de dónde lo habríamos recibido, cómo lo habríamos encontrado? ¡Qué pobre, qué incierta sería nuestra comunión con Dios en Jesucristo, si la construyéramos sólo por nuestra cuenta, a partir de nosotros solos y de Dios solo, sin iniciación materna, sin comunidad cristiana, sin Iglesia ni comunión de los santos! (*La Tradizione e la vita della Chiesa*, Cinisello B. 1983, 35-36).

Por lo tanto, como se desprende de estas consideraciones, la tradición indica diversas experiencias humanas que son necesarias porque forman un patrimonio que la humanidad necesita para vivir y orientarse.

La Tradición en la vida de la Iglesia

La Iglesia tiene su propia Tradición. En muchos sentidos, se podría decir que todo lo que poseen los cristianos pertenece a la Tradición y ha sido transmitido a través de la Tradición. Una transmisión ante todo oral, que permitió la formación de los libros sagrados y de muchas otras prácticas que hasta nuestros días permanecen como signos fundacionales de la fe. No hay que olvidar que el centro y el corazón palpitante de la fe cristiana es Jesucristo, Revelador del Padre, por quien recibimos el Espíritu Santo. El misterio de Dios Trinidad, amor misericordioso que entra en la historia para llamarla a la comunión de vida consigo misma, seguirá siendo siempre la profesión de fe de los cristianos hasta el fin de los tiempos. Uno de los elementos fundamentales de los que vive la fe es su transmisión, que marca la historia cristiana de generación en generación. Esta transmisión se ve reforzada por la confesión de fe inicial con la fórmula esencial: «Jesús es el Señor» (1 Cor 12,3), que

a lo largo de los siglos ha ido aumentándose cada vez más hasta llegar a las grandes profesiones de fe que conocemos de Nicea y Constantinopla hasta la de Pablo VI. Este desarrollo ha sido posible gracias a la fuerza de la Tradición que ha sabido mantener unidos y transmitir contenidos que con el tiempo se han convertido en patrimonio de la fe de toda la Iglesia.

El Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II abordó con gran valentía el tema de la Tradición en el segundo capítulo de la constitución *Dei Verbum*. Los padres conciliares supieron concentrar en pocos números un verdadero patrimonio de sabiduría, provocando con algunas innovaciones hasta entonces aún ocultas o sometidas a diatribas teológicas entre los expertos en la materia. Un gran impulso para recuperar la riqueza de este capítulo vendría en las décadas siguientes también por parte de Juan Pablo II, cuando en *Fides et Ratio* escribió:

Es muy significativo que, en el contexto actual, algunos filósofos sean promotores del descubrimiento del papel determinante de la tradición para una forma correcta de conocimiento. En efecto, la referencia a la tradición no es un mero recuerdo del pasado, sino que más bien constituye el reconocimiento de un patrimonio cultural de toda la humanidad. Es más, se podría decir que nosotros pertenecemos a la tradición y no podemos disponer de ella como queramos. Precisamente el tener las raíces en la tradición es lo que nos permite hoy poder expresar un pensamiento original, nuevo y proyectado hacia el futuro. Esta misma referencia es válida también sobre todo para la teología. No sólo porque tiene como fuente original a la Tradición viva de la Iglesia, sino también porque, en virtud de esto, debe ser capaz de recuperar tanto la profunda tradición teológica que marcó las épocas anteriores, como la tradición perenne de aquella filosofía que ha sabido superar por su verdadera sabiduría los límites del espacio y del tiempo (FR 85).

La intuición profunda de la *Dei Verbum* se centra en la singularidad de

la fuente de la revelación que se encuentra en la Palabra de Dios. Como se puede profundizar en el folleto sobre la revelación, no hay dos fuentes de las cuales los cristianos conocen su fe, la Sagrada Escritura y la Tradición, sino una sola fuente que es la Palabra de Dios. Es importante retomar la enseñanza de la *Dei Verbum* para verificar la visión viva y eficaz de la Tradición. En primer lugar, los padres conciliares describieron el hecho de la Tradición como la iniciativa de Dios que, mediante un acto de bondad, quiso que todas las generaciones después de Jesucristo conocieran su Evangelio. Por ello, Jesús ordenó a sus doce Apóstoles dar a conocer a todos la verdad de su revelación, dándoles la responsabilidad de transmitirla. Ellos obedecieron fielmente el mandato del Señor y con la «predicación oral, con ejemplos e instituciones transmitieron tanto lo que habían recibido de la boca de Cristo al vivir con él y verlo actuar, como lo que habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo» (DV 7).

La Tradición, por tanto, implica en primera instancia la transmisión de la revelación que encuentra su cumplimiento en la persona de Jesús de Nazaret. Esta es la voluntad de Dios que a través de esta transmisión viva continúa realizando la salvación de la humanidad. El Evangelio que se anuncia no es otro que el acontecimiento de salvación llevada a cabo por el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios que continúa hoy en la acción de la Iglesia. Así como Jesús realizó la salvación revelando el amor del Padre, así también hoy la Iglesia, evangelizando y haciendo eficaz su anuncio con la vida de los sacramentos, continúa dando la salvación a los hombres. Transmitiendo el Evangelio de Cristo, la Iglesia deja claro que su revelación permanece y continúa en el mundo como un verdadero instrumento de salvación. Ciertamente, la Iglesia no añade nada a lo que los Apóstoles transmitieron y, en cualquier caso, su obra de transmisión fiel implica una comprensión siempre nueva y fecunda del único Misterio revelado. Se puede afirmar, por tanto, que para la *Dei Verbum* la Tradición implica la predicación apostólica de la Palabra de Dios y la comunicación de los bienes divinos que hacen eficaz el

anuncio. Estos dos momentos son inseparables entre sí y hacen de la Tradición un acontecimiento fundamental para la vida de la Iglesia.

Los Apóstoles, en esta fase, se convierten en los primeros ministros de la Palabra de Dios, la sirven reconociendo una primacía sobre todo, incluso en el servicio a los pobres, como leemos en el libro de los Hechos de los Apóstoles:

Los Doce convocaron al grupo de discípulos y dijeron: «No está bien que dejemos de lado la Palabra de Dios para servir en las mesas. Por tanto, hermanos, buscad entre vosotros siete hombres de buena reputación, llenos del Espíritu y de sabiduría, a quienes encomendemos esta tarea. Nosotros, en cambio, nos dedicaremos a la oración y al servicio de la Palabra» (Hch 6,2-4).

La labor de los Apóstoles fue recoger las múltiples formas que habían caracterizado su convivencia con Jesús, es decir, las palabras, el comportamiento, las miradas, el ejemplo y el silencio mismo del Señor. Sin embargo, no se limitaron a repetir las enseñanzas del Maestro que habían experimentado personalmente. La obediencia al mandato del Señor también se extendió a responder a las diversas necesidades de la Iglesia que tomaban forma en las diferentes comunidades. Guiados por la oración y por la inspiración del Espíritu Santo, establecieron también normas, ritos e instrumentos que, en conformidad con la voluntad de Jesucristo, permitían a la Iglesia anunciar fielmente su Evangelio y dar testimonio coherente de él con su estilo de vida. Todo esto es la revelación que llega hasta nuestros días. Después de algunos decenios, esta Palabra de Dios también encontró su forma escrita para seguir siendo fundamento y columna de la fe para los creyentes.

TRANSMITIR LA VERDAD EN MODO VIVO

Para comprender plenamente el sentido de la Tradición, pueden ayudarnos dos textos que han inspirado mucho a su correcta comprensión y su valor para la unidad de la Iglesia.

S. Ireneo: la Tradición de la verdad

El primero pertenece al obispo de Lyon, San Ireneo (hacia 130-202), nacido en Esmirna, donde desde muy joven fue discípulo de Policarpo, que había sido sucesor de San Juan. Es fácil entrever en su pensamiento la preocupación por la unidad del contenido de la fe, al tiempo que se hace evidente la tensión por la catolicidad de la Iglesia. Su referencia a la Iglesia de Roma, fundada por los apóstoles Pedro y Pablo, constituye la base para describir la verdadera Tradición en contraposición a la doctrina gnóstica. Para él, la predicación del *kerygma* y la fe recibida de los Apóstoles siguen siendo transmitidas por sus sucesores y discípulos; la Iglesia no hace más que transmitir fielmente lo que ha recibido porque todo ello constituye la «Tradición de la verdad». Un pasaje clave nos permite captar aún mejor su pensamiento:

La Iglesia, aunque extendida por todo el mundo habitado hasta los confines de la tierra, recibió de los Apóstoles y de sus discípulos la fe en un solo Dios y en un solo Jesucristo, el Hijo de Dios, encarnado para nuestra salvación, y en el Espíritu Santo [...]. Habiendo recibido este mensaje y esta fe, la Iglesia, aunque dispersa por el mundo, la custodia con esmero como si viviera en una sola casa; igualmente cree en estas verdades, como si tuviera una sola alma y un mismo corazón; plenamente de acuerdo, proclama, enseña y transmite estas verdades como si tuviera una sola boca. Los idiomas del mundo son diferentes, pero el poder de la Tradición es uno y el mismo. Ni las Iglesias fundadas en la Germania recibieron o transmitieron una fe diferente, ni las fundadas en Hispania o entre los celtas, o en las regiones orientales, o en Egipto o Libia, o en el centro del mundo. Así como el sol, criatura de Dios, es uno y el mismo en todo el mundo, así la luz espiritual, el mensaje de la verdad, brilla en todas partes e ilumina a todos los hombres que quieren llegar al conocimiento de la verdad (*Adversus Haereses* I, 9-10).

Como se desprende del texto, la unidad de la fe no está en peligro porque se profesa y se vive de manera diferente en la pluralidad de culturas. Para Ireneo, la Tradición se ha cristalizado ahora en las Sagradas Escrituras, aunque no sólo en ellas; de hecho, esos textos necesitan ser interpretados y la certeza de estar en la verdad viene a los cristianos de la Tradición de los Apóstoles, que constituye la fuente y el contexto más coherente para expresar la plenitud de la revelación. Para Ireneo, por tanto, la Tradición Apostólica es la verdadera y real mediación entre Cristo y la Iglesia, que permite la fe de los creyentes y que permanece a lo largo de los siglos como «regla de la verdad».

Queda un problema de fondo: ¿Cómo se puede aprender hoy esta Tradición? Conocemos la posición de los hermanos evangélicos que concluyen afirmando la única referencia a la Sagrada Escritura. Aquí, según ellos, es posible encontrar todo lo que se necesita saber para la fe. Sin embargo, hay que argumentar que incluso esta perspectiva es limitada. No puede aislarse

la Tradición de los Apóstoles de la de las Iglesias que la han acogido y vivido. Ellos expresaron mucho más en su predicación de lo que escribieron y esto se convirtió en parte del patrimonio de la fe de los cristianos. Esto significa que la Tradición apostólica se inserta en una experiencia histórica que se ha desarrollado a lo largo de los siglos. Un signo tangible de ello es la enseñanza de los Padres, las diversas fuentes litúrgicas que han expresado la variedad de los ritos, las reflexiones de los maestros y doctores de la Iglesia, la vida de santidad de hombres y mujeres que han dado desde siempre testimonio de la fe... En resumen, la Palabra de Dios escrita y transmitida es siempre mucho mayor de lo que la sola Sagrada Escritura y la sola Tradición oral pueden contener.

Este es un tema que merece ser abordado cuando se habla de la Palabra de Dios escrita y transmitida, porque tanto la hermenéutica de los textos sagrados como la transmisión que mantiene viva la Palabra de Dios en las Iglesias esparcidas por el mundo se insertan dentro de las culturas. En este sentido, es particularmente válido lo que escribía Joseph Ratzinger:

Por su naturaleza, la Tradición es siempre interpretación, no existe de forma independiente, sino como explicación, interpretación “según la Escritura”. [...] Por supuesto, no es interpretación en el sentido de una interpretación puramente exegética, ya que se realiza en la autoridad espiritual recibida del Señor, que opera a lo largo de la existencia de la Iglesia, en su fe, en su vida y en su culto («Un tentativo circa il problema del concetto di Tradizione», en Karl Rahner - Joseph Ratzinger, *Rivelazione e Tradizione*, Brescia 1970, 49 [tr. castellana: *Revelación y Tradición*, Barcelona 2012]).

En otras palabras, la Tradición implica la presencia de dos aspectos complementarios: uno de conservación y otro de desarrollo. Ambos aspectos entran a veces en conflicto en la vida de la Iglesia, cuando unos apuntan sobre todo a salvaguardar la integridad del “depósito de la fe”, mientras que otros apelan a la necesidad de alcanzar la plenitud de la verdad. No es la

oposición entre las dos facciones lo que puede hacer justicia a la Tradición. Ninguna de las dos tiene que sacrificar nada; la *Dei Verbum*, de hecho, enseña que el Magisterio está llamado a ejercer su ministerio, preservando y desarrollando de tal manera que el anuncio del Evangelio sea capaz de suscitar en todo momento la respuesta de fe (cf. DV 10). No se puede olvidar, sin embargo, que en esta obra de “interpretación” el Espíritu Santo juega un papel fundamental. Es él quien inspiró los textos sagrados (2 Tim 3,16; 2 Pe 1,21), pero al mismo tiempo es él el protagonista que conduce a la Iglesia en todo momento hacia la verdad plena (Jn 14,26; 16,13), sosteniendo el camino de quienes tienen la responsabilidad de llevar a cabo el discernimiento necesario entre la Tradición que nos llega directamente de los Apóstoles (1 Cor 11,23), y las tradiciones posteriores que la comunidad cristiana fue creando. Este hecho ha marcado la vida de la Iglesia en el pasado y todavía la provoca hoy. Se trata, en efecto, de comprender cómo realizar la evangelización de una manera nueva, aunque sea con el peso de las conquistas y de las contradicciones que marcan los dos mil años de nuestra historia.

S. Basilio: la Tradición no escrita

El segundo texto al que se hará referencia pertenece a San Basilio (329-379), el primero de los Padres Capadocios y obispo de Cesarea. En su obra *Sobre el Espíritu Santo* explica en profundidad el tema de la Tradición, utilizando el término *ágraphos, no escrita*, para describirla. Algunos pasajes en particular expresan la convicción y la necesidad de mantener viva la Tradición para comprender plenamente la Sagrada Escritura y la vida de la Iglesia:

Es la fe la que es atacada y el objetivo común de todos los adversarios y enemigos de la sana doctrina es sacudir el fundamento de la fe en Cristo, suprimiendo la Tradición apostólica y destruyéndola totalmente. Por esta razón, como quieren hacer los deudores dignos

de confianza, invocan las pruebas de la Escritura, rechazando al mismo tiempo el testimonio no escrito de los Padres como poco fiable. Pero nosotros no abandonaremos la verdad ni traicionaremos nuestra alianza con ella por temor [...]. Entre las doctrinas y proclamaciones conservadas en la Iglesia, algunas las tomamos de la enseñanza escrita, otras las hemos recibido de la Tradición apostólica, transmitida a nosotros en secreto. Pero todas tienen el mismo valor para la piedad. Y nadie que tenga siquiera una modesta experiencia de las instituciones eclesíásticas podrá negarlo. Si, en efecto, intentáramos descartar las costumbres no escritas que no tienen gran impacto, sin saberlo dañaríamos el Evangelio precisamente en sus partes esenciales: más aún, reduciríamos el anuncio a un nombre vacío. Por ejemplo –por mencionar la primera costumbre muy difundida– ¿quién nos enseñó por escrito a marcar con el signo de la cruz a quienes esperan en el nombre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué Escritura nos enseñó a volvernos hacia el oriente durante la oración? Las palabras de la epiclesis, en el momento de la consagración del pan de la eucaristía y del cáliz de la bendición, ¿quién es el santo que nos las dejó por escrito? En efecto, no nos contentamos solo con las palabras que el Apóstol o el Evangelio nos han transmitido, sino que añadimos otras antes y después de ellas, que tienen gran significado para el sacramento y las tomamos de la enseñanza no escrita. Bendecimos también el agua del Bautismo y el óleo de la Unción y también al propio bautizado. ¿Con la autoridad de qué escritos? ¿No es esto en virtud de la Tradición mantenida en silencio y secreto por los iniciados? ¿Qué más se puede añadir? ¿La misma consagración del óleo, qué texto escrito nos la enseñó? ¿De dónde surge la triple inmersión bautismal? ¿Y todos los demás ritos relacionados con el bautismo, la renuncia a Satanás y a sus ángeles, de qué escritura provienen? ¿No es de esta enseñanza privada y secreta que nuestros Padres guardaron en un silencio libre de agitación y curiosidad, sabiendo muy bien que en el silencio se preserva la sacralidad del Misterio? [...] Por eso todos miramos hacia Oriente mientras oramos, pero pocos saben que buscamos la patria antigua, el paraíso que Dios plantó en el Edén, en Oriente. Oramos de pie el primer día después

del sábado, pero no todos sabemos la razón. No es sólo porque, como resucitados con Cristo y buscando las cosas de arriba, recordamos, estando de pie en oración en el día dedicado a la resurrección, la gracia que nos ha sido dada, sino porque ese día parece de alguna manera ser imagen de la eternidad futura [...]. Necesariamente, por tanto, la Iglesia educa a sus pequeños a realizar oraciones de ese día, de pie, para que, en el recuerdo continuo de la vida sin fin, no nos olvidemos de tomar provisiones para ese viaje [...]. No me bastaría un día entero si quisiera exponer los misterios no escritos de la Iglesia (*Sobre el Espíritu Santo X, 25; XXVII, 66-67*).

El texto merecería una exégesis coherente que ahonde en el fondo de las cuestiones planteadas y la terminología utilizada. No es el propósito de estas páginas profundizar en este ámbito. Lo importante es sólo resaltar cómo la necesidad de la Tradición se considera esencial no sólo para la comprensión de las Sagradas Escrituras, sino para la entera vida de fe. Precisamente un texto como este, con las constantes referencias que Basilio hace a los signos litúrgicos, nos permite sostener que para Oriente la liturgia sigue siendo el lugar privilegiado para encontrar la Tradición y la genuina transmisión de la fe. De hecho, Basilio hace de la liturgia el espacio vital para comprender plenamente la realidad y el valor de la Tradición justamente sobre el fundamento de la Sagrada Escritura. El “evangelio anterior a los evangelios” no es otra cosa que la vida de la primera comunidad que ha experimentado en sí la enseñanza recibida de Jesús junto con la iluminación del Espíritu de Pentecostés, que hizo comprender a los Apóstoles el significado profundo de lo cuanto el Maestro había revelado. Para celebrar la eucaristía, la comunidad no esperó a que se pusiera por escrito el relato de la cena pascual. Hacer memoria de lo que Jesús había realizado y les había ordenado hacer es lo que hizo posible realizar el gran Misterio de la fe. Los pocos versículos en los que Pablo y los evangelistas relatan la última cena no agotan ciertamente la riqueza de la celebración que la primera comunidad ha realizado y que ha

generado la profunda variedad de la acción litúrgica a lo largo de los siglos.

Estos dos textos antiguos no hacen más que evidenciar cuán actuales pueden ser las palabras de la *Dei Verbum* cuando da testimonio de la realidad de la Tradición como Palabra viva de Dios para la vida de la comunidad cristiana. En síntesis, enseñan que la Tradición consiste en la conservación dinámica de la doctrina, de la vida y de la liturgia de la Iglesia que ha sido transmitida de generación en generación desde los tiempos de los Apóstoles. La Tradición no debe considerarse, por tanto, como un conjunto de doctrinas que los Apóstoles comunicaron en secreto y de forma no escrita; al contrario, ella expresa la “regla de fe” enseñada de manera pública y preservada para que la “voz viva del Evangelio” (DV 8) no deje de resonar jamás en el corazón de los hombres.

EL DINAMISMO DE LA TRADICIÓN

Una Tradición viva

Con la muerte del último Apóstol llegó a su fin el testimonio directo de quienes habían «comido y bebido» con el Señor. Su predicación fue considerada, con razón, como la expresión más auténtica de la revelación de Jesucristo. En este punto, la Sagrada Escritura adquirió un valor de referencia decisivo, porque lo que había sido puesto por escrito tenía un carácter inspirado e inviolable. La *Dei Verbum* aporta su enseñanza al respecto cuando dice:

La predicación apostólica, que se expresa de manera especial en los libros inspirados, debía conservarse en sucesión ininterrumpida hasta el fin de los tiempos. Por tanto, los Apóstoles, transmitiendo lo que ellos mismos habían recibido, exhortaron a los fieles a adherirse a las tradiciones que habían aprendido sea de viva voz o por escrito, y a luchar por la fe que les había sido transmitida de una vez para siempre. Lo transmitido por los Apóstoles, pues, incluye todo lo que contribuye a la conducta santa del pueblo de Dios y al aumento de la fe; así la Iglesia en su doctrina, en su vida y en su culto, perpetúa y transmite a todas las

generaciones todo lo que es, todo lo ella cree. Esta Tradición de origen apostólico progresa en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo: crece, en efecto, la comprensión tanto de las cosas como de las palabras transmitidas, tanto con la contemplación y el estudio de los creyentes que las meditan en su corazón, como con la inteligencia recibida de una experiencia más profunda de las cosas espirituales, y con la predicación de quienes, con la sucesión episcopal, han recibido un carisma seguro de verdad. Así, la Iglesia, en el curso de los siglos, tiende incesantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que las palabras de Dios se realicen en ella. Las afirmaciones de los Santos Padres atestiguan la presencia vivificante de esta Tradición, cuyas riquezas se transfunden en la práctica y en la vida de la Iglesia que cree y ora [...]. Así, Dios, que habló en el pasado, no deja de hablar con la Esposa de su Hijo amado, y el Espíritu Santo, por quien la voz viva del Evangelio resuena en la Iglesia y, por medio de ella, en el mundo, introduce a los creyentes en la verdad plena y hace residir en ellos la palabra de Cristo con toda su riqueza (DV 8).

El texto requiere una explicación, porque el significado de los contenidos es tal que puede prestarse a confusión. A los dos elementos que hasta ahora han sido puntos de referencia: la Sagrada Escritura y la Tradición, se añade ahora un tercer elemento fundamental, el Magisterio de la Iglesia, es decir, los obispos como sucesores de los Apóstoles. Con su predicación y acción, los pastores de la Iglesia tienen la responsabilidad de mantener viva la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores, conscientes de que, junto con todos los creyentes, tienen la responsabilidad de mantener intacta la Tradición. La tarea del Magisterio es, pues, garantizar la integridad de la transmisión de la Tradición y ofrecer a los creyentes una enseñanza fiel y actual. La tarea particular que deben realizar los obispos para expresar mejor su servicio a la Palabra de Dios se concreta, por tanto, en permitir que esta Palabra se mantenga viva, respondiendo a las necesidades de los cristianos

en cada momento de la historia. En la medida en que los obispos escuchan la Palabra de Dios, que encuentra resonancia en la fe del pueblo que la mantiene viva y la transmite, realizan el auténtico servicio de maestros de la fe. Su ministerio consiste, por tanto, en enseñar siempre y sólo lo que ellos mismos reciben y conservan como todos los bautizados, conscientes, sin embargo, de la responsabilidad que tienen hacia los fieles, para que reciban de ellos la verdadera y genuina Palabra de Dios.

Cuán fundamental es la transmisión que conserva intacta la Tradición, lo testimonia el ejemplo de Pablo. En su 'testamento', el apóstol escribe:

«Ustedes saben cómo me comporté con ustedes desde el primer día que llegué a Asia y durante todo este tiempo: serví al Señor con toda humildad, entre lágrimas y pruebas que trajeron sobre mí las insidias de los judíos trajeron. Saben que nunca he rehuído a lo que podría ser útil, para predicarles e instruirlos en público y en sus casas, exhortando a judíos y griegos a convertirse a Dios y a creer en nuestro Señor Jesús [...]. Sin embargo, no considero que mi vida sea meritoria de nada, mientras conduzca a término mi carrera y el servicio que me fue encomendado por el Señor Jesús, dar testimonio del mensaje de la gracia de Dios. He aquí que ahora sé que ya no verán mi rostro, todos ustedes entre los cuales pasé anunciando el reino de Dios. Por esto, hoy declaro solemnemente ante ustedes que no tengo culpa respecto de los que se pierdan, porque no he eludido la tarea de anunciarles toda la voluntad de Dios [...]. Yo sé que después de mi partida entrarán entre ustedes lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño; incluso de entre ustedes surgirán algunos para enseñar doctrinas perversas para atraer discípulos tras de sí. Por eso estén vigilantes, recordando que durante tres años, de noche y de día, no he cesado de exhortarlos entre lágrimas a cada uno de ustedes. Y ahora los encomiendo al Señor y a la palabra de su gracia que tiene poder para edificar y dar su heredad a todos los santificados...». Dicho esto, se arrodilló con todos ellos y oró (Hch 20,17-38).

Inmediatamente se cae en la cuenta de que el Apóstol no habla de lo que él ha transmitido –como lo hizo, por ejemplo, en otros dos casos al referirse a la eucaristía (1 Cor 11,23-25) y a la resurrección del Señor (1 Cor 15,1-5)–, sino de cómo se *comportó* como Apóstol y maestro de la fe con la tarea de transmitir el Evangelio recibido. Todos los verbos que él utiliza indican una acción concreta, un estado de ánimo, una decisión de vida y un compromiso asumido: «cómo me comporté», «he servido», «nunca me sustraje», «pre-dicar», «instruir», «llevar a término», «dar testimonio», «declarar», «enco-mendar», «orar»... La primera impresión que se tiene es la del Apóstol que, en el momento en que *transmite, se entrega a sí mismo y su vida*. El acto de transmitir es, por tanto, un acto por el cual *uno se entrega*. No se ofrece, en primer lugar, un contenido; se entrega uno mismo y todo lo que se es. Este es el compromiso de la fe que se recoge precisamente en la indisolubilidad del creer como un acto con el que uno se abandona a la gracia de Dios que actúa en nosotros y por el que se acoge el Evangelio de Jesucristo. No se podrá pasar por alto que el acto de la transmisión, así entendido, implica una nota de *libertad* que permite verificar la verdad y la certeza de la propia elección. Si se tuviera que perseguir una hipótesis toda la vida, sin conseguir nunca demostrar su fiabilidad, sería difícil entender que se la deja como un legado.

Estas consideraciones, sin embargo, deben tener su fundamento, que se encuentra en la forma misma en que Jesús transmitió la revelación. Esta consiste, ante todo, en la entrega que el Padre realiza del Hijo, y es cuanto Jesús personalmente realiza y promulga «como fuente de toda verdad de salvación y de toda regla moral» (DV 7). La primera transmisión verdadera, por tanto, es el acto con que el Padre se entrega a sí mismo en su propio Hijo. Es una generación que no conoce fin, porque permanece como la máxima expresión del amor que sabe dar sin pedir nada a cambio. Jesús, en palabras de Juan al inicio del evangelio, es presentado justamente como el Verbo que está en el «seno del Padre» y que se entrega a la humanidad en el amor. La transmisión entra así en la historia y no se queda

en una pura teoría sobre la vida de Dios, sino que, al contrario, se hace explícito el modo de entrega: una entrega de todo lo que Él posee y es. En una palabra, es el amor que se consume y se ofrece hasta el final, sin pedir nada a cambio, porque nadie podría corresponder plenamente al amor de Dios. El acto de la transmisión y entrega del Hijo de parte del Padre es un acto que simplemente dice amor. Y resulta aún más impresionante cuando el propio Hijo es llamado a su entrega suprema. Antes de entregar y transmitir algo, se entrega a sí mismo al Padre en un acto que expresa amor puro de obediencia a su voluntad. Es también el evangelista Juan quien capta inmediatamente el significado de este hecho cuando subraya que en el momento de su muerte Jesús «entregó el Espíritu» (Jn 19,30). En definitiva, lo que se entrega es toda la vida de la Trinidad. Jesús entrega el Espíritu Santo a los creyentes como presencia visible y creadora de un camino que atravesará todos los tiempos y mundos para devolver al Padre el pueblo de los redimidos en el fin de los tiempos. Por donde quiera que se lo mire, el transmitir es un *acto fecundo* que se fortalece con la presencia del Espíritu que crea. Después de todo, no podría ser de otra manera; incluso una simple revisión histórica mostraría que la Iglesia, cuando debe tener una coherente comprensión de la fe y cuando la transmite y explica, siente la necesidad de invocar al *Creator Spiritus* para que visite la mente de los creyentes.

Toda la Iglesia, por tanto, es sujeto de transmisión, en cuanto que comunidad viva de personas que en su historia expresan todos los recursos necesarios para imprimir a la Tradición la vitalidad que lleva consigo. Esta, por tanto, es *viva*, porque la verdad que contiene en sí misma se mantiene *viva* por sujetos que, con un trabajo concreto de interpretación, crecimiento, adaptación e integración, desarrollan la verdad del *depósito de la fe*.

La Tradición no es costumbre

En una presentación sobre el valor y el redescubrimiento de la Tradición, no puede faltar la referencia a la bella expresión de Tertuliano, que abre un escenario verdaderamente innovador cuando escribe que Jesús: «afirmó ser la verdad, no la costumbre» (*De virginibus velandis* I, 1). Con toda probabilidad, es precisamente aquí donde se produce el jaque mate de la mentalidad que a menudo ha identificado *tradición* con *costumbre*. Hacerse defensores de la *costumbre* equivale a tener una visión estática de la verdad y, en consecuencia, se llega a comprometer el presente, porque está pasivamente sometido al pasado. Ser responsables de la *tradición*, por el contrario, conduce a una dinámica de conversión permanente, porque permite descubrir el presente como condición creativa entre el pasado y el futuro, abierta a la comprensión de la verdad como don perenne del Espíritu del Resucitado (cf. Jn 16,13). El presente de la Iglesia, por tanto, sólo adquiere todo su valor significativo si es capaz de transmitir el patrimonio recibido, haciéndolo vivo y capaz de ser confiado al futuro de las nuevas generaciones como herencia prometida.

Sin embargo, es necesaria una distinción adicional entre la Tradición y las tradiciones que provienen de ella. La primera cuestión importante que surge tiene que ver directamente con el hecho mismo de la Tradición. En efecto, es necesario preguntarse: ¿cómo se llega al lenguaje original de Jesús, que es constitutivo de su revelación en orden a la salvación? ¿Qué pertenece realmente a la Tradición en cuanto Palabra de Dios? Precisamente esta problemática merecería ser abordada antes de modificar algunas expresiones para deshacerse rápidamente de lo que se ha transmitido como si fueran tradiciones que ya no parecen estar en sintonía con los tiempos modernos. La Palabra de Dios debe permanecer con aquella impronta original, única e inagotable de sentido que Jesús le imprimió con toda su persona al querer revelar el misterio de la Trinidad y ofrecer la salvación a la humanidad. Este

criterio siempre debe ser siempre redescubierto, preservado y transmitido de modo fiel. Nadie, en efecto, podría modificar este lenguaje original sin manifestar una *hybris* que destruiría el acontecimiento de la revelación en su originalidad, haciéndolo vano.

Las tradiciones, por su parte, explicitan el papel creativo de una comunidad que se inserta en la cultura de su tiempo. A pesar de ser un producto limitado a un momento histórico, las tradiciones pueden contener aspectos positivos que explicitan la Tradición, incluso si imponen la necesidad de criterios capaces de llevar a cabo un verdadero discernimiento. Si bien estas tradiciones expresan el arraigado sentido religioso presente en el hombre, también permiten evidenciar el papel del lenguaje religioso popular. En este sentido, se deberá conjugar este lenguaje con el crecimiento necesario de la fe que no repudia, sino que purifica y eleva el sentido religioso. El necesario discernimiento entre lo que es *Tradición* y lo que son *tradiciones* requiere restituir con audacia y coherencia el verdadero contenido de la Tradición y lo que es esencial para la vida de la Iglesia y su capacidad de comunicar de manera eficaz y fiel el Evangelio al mundo contemporáneo. Confundir o identificar la *Tradición* con las *tradiciones* es lo peor que se puede hacer como servicio a la Iglesia en su tarea de transmitir fielmente la revelación de Jesucristo. Precisamente en este horizonte es posible comprobar cuán largo y fecundo sea aún el camino por recorrer, especialmente en el contexto actual, que evidencia dramáticamente la interrupción de la transmisión de la fe. El analfabetismo religioso convierte esta transmisión aún más difícil. Para dar a conocer a las generaciones venideras todo lo que la Iglesia es, todo lo que cree (cf. DV 8), es necesario que crezca la conciencia de ser parte viva de la comunidad cristiana. El sentido de pertenencia a la Iglesia exige crecer en esta responsabilidad y convertirse en artífices de una nueva evangelización que sea capaz de llevar, sobre todo a los creyentes, la frescura inmutable de la Palabra de Dios. Es la convicción de un Pentecostés renovado, que puede sacar a los

bautizados de los muros demasiado estrechos en los que se encuentran, para ofrecer con valentía y convicción el anuncio de haber encontrado a Cristo resucitado.

Un hito

Comprender el valor de la Tradición, su transmisión y sus peculiaridades con referencia a las tradiciones ha sido una tarea que la Iglesia siempre ha sentido con mucha fuerza. Un punto de referencia decisivo es, sin duda, el llamado “canon vicenciano”. Se trata de la expresión que se ha vuelto casi normativa del santo monje Vicente de Lérins († ca. 450), quien afirma: «Lo que se ha creído en todo lugar, siempre y por todos debe ser preservado». Lo que se afirma, en pocas palabras, es el tema de la universalidad, la antigüedad y el consenso que siguen siendo el criterio válido para la interpretación de la Tradición. Hay que evitar pensar que Vicente de Lérins ponga al mismo nivel los elementos de esta tríada o que afirme la unicidad de su criterio. Si así fuera, el peligro de una esclerotización de la fe sería inmediato. No es el caso de entrar en las ejemplificaciones, pero resulta claro que, si el criterio de la tríada se asumiera de manera absoluta, la Iglesia difícilmente habría podido expresar en los últimos siglos nuevos dogmas, como la Inmaculada Concepción, la infalibilidad del romano Pontífice y la Asunción de María. Si esto ha sido posible, además de por la justificación de su fundamento en la Sagrada Escritura y en la Tradición vivida de la Iglesia, lo ha sido también porque el “canon vicenciano” no pretende imponerse como el único principio para la interpretación de la Tradición. Es obvio, por tanto, que la tríada tal como la concibió Vicente, debe interpretarse por lo que sostiene de afirmativo, no por lo que podría negar de manera restrictiva. El criterio, sin embargo, debe insertarse en toda la obra del monje y sólo así es posible captar los elementos innovadores que posee su pensamiento para una interpretación más coherente de la

Tradición, sobre todo si se relee a la luz de la *Dei Verbum*, que debe mucho a la intuición de este santo monje.

Su obra, el *Commonitorium*, se presenta como un texto claro, límpido, elegante y preciso, capaz de volver a proponer la fe de los Padres para advertir al lector que no se aleje de ella, sin dejar de sentir el deseo de saber más y descubrir la verdad que tiende a su cumplimiento. El texto introduce una serie de cuestiones siempre actuales en todo momento para la vida de la Iglesia, como son: el valor real del contenido de la Tradición, el discernimiento necesario para su autenticidad, el desarrollo del dogma y el sujeto facultado para realizarlo e interpretarlo. En varias ocasiones, el monje lleva a considerar el tema de la Tradición como un auténtico depósito vivo, en pleno desarrollo y en perenne progreso que no puede conocer detención o alteración de su contenido.

La motivación que impulsa a Vicente de Lerins se puede resumir en su pregunta: «¿Habrá alguien que diga: “por tanto, en la Iglesia de Cristo nunca habrá progreso de la religión”? Sin duda habrá progreso y será enorme. En efecto, ¿qué hombre habrá tan mal dispuesto, tan hostil a Dios, como para intentar impedirlo? (*Commonitorium*, editado por C. Simonelli, Milán 2008, 23.1). En pocas palabras, surge la necesidad de no menospreciar la Tradición de la Iglesia y su fe. Hay muchos intentos por parte de aquellos que sostienen que la fe esté ahora como envuelta para regalo para alguna ocasión especial. Parece que se asiste, en algunos momentos, a debates que huelen más a arqueología conservadora que a evangelización. La Tradición o sigue siendo un depósito vivo, o está destinada a sufrir su propia descomposición. No hay alternativa a esta visión de la fe que, por su naturaleza, es dinámica y tiende a su plenitud como don del Espíritu. La fe no podrá ser jamás una pieza de museo. El *Commonitorium* se propone verificar de qué manera la Tradición misma deba ser valorada e interpretada.

Escribe San Vicente: «Si te ha sido dado oro, devuelve oro; no quiero que me des, engañándome, una cosa por otra; no quiero que me des descarada-

mente plomo ni bronce en lugar de oro; quiero la realidad, no la apariencia de oro» (*Commonitorium* 22, 5). Es interesante que el santo monje se refiera a dos metales que, en comparación con el oro, son muy “pesados” además de no tener valor. Podría haber dicho plata, pero en cambio prefiere decir plomo y bronce, como si quisiera sugerir que la transmisión no debe cargarse con temas que hagan pesado el camino de la Iglesia, además de quitarle el gran valor que se le ha dado. En efecto, una Tradición que añadiera contenidos extraños e incompatibles con la fe perdería su valor normativo y, con el paso de los siglos, sería necesario dedicarle un esfuerzo no pequeño de restauración. El arte ha enseñado mucho en este sentido. Muchas veces se puede comprobar, por ejemplo, hasta qué punto el proyecto original de una iglesia de estilo románico se transformó posteriormente en uno barroco, violentando el proyecto inicial. La exigencia de permanecer fiel al original recuerda el deseo de mantener intacta la obra de arte tal como salió de las manos de su arquitecto. Esto también sucede con la doctrina. En este sentido, pueden ser útiles las palabras del papa Francisco en *Evangelii Gaudium*, cuando escribe:

En su constante discernimiento, la Iglesia también puede llegar a reconocer costumbres propias no directamente ligadas al núcleo del Evangelio, algunas muy arraigadas a lo largo de la historia, que hoy ya no son interpretadas de la misma manera, y cuyo mensaje no suele ser percibido adecuadamente. Pueden ser bellas, pero ahora no prestan el mismo servicio en orden a la transmisión del Evangelio. No tengamos miedo de revisarlas. Del mismo modo, hay normas o preceptos eclesiales que pueden haber sido muy eficaces en otras épocas, pero que ya no tienen la misma fuerza educativa como cauces de vida (EG 43).

La Iglesia se enfrenta también hoy a algunos conflictos que surgen de la interpretación de contenidos de su Magisterio. El gran acontecimiento del

Concilio Vaticano II marcó una etapa fundamental para el tercer milenio. Se quiera o no, estudiar la historia de este medio siglo posterior implica abordar contenidos expresados por diferentes partes que no siempre parecen estar conformes con la enseñanza original. Un ejemplo de ello es ciertamente el de Benedicto XVI, que al inicio de su pontificado sintió el deber de pronunciar un discurso sobre la interpretación del concilio y sobre las lecturas erróneas que se habían dado (cf. *Discurso a la Curia Romana*, 22 de diciembre de 2005).

Otro criterio importante definido por Vicente de Lerins es la distinción entre “progreso” y “cambio”. La diferencia es fundamental porque nos hace comprender el ansia que mueve al santo monje al no querer obstaculizar la acción del Espíritu Santo que conduce a una comprensión cada vez más profunda, coherente y actual del contenido de la fe. En el *Commonitorium* escribe con agudeza: «Se puede hablar de progreso cuando se profundiza cada vez más una cuestión sin que deje de ser la misma, mientras que se trata de cambio cuando una cosa se transforma en otra [...]. La ley del progreso [exige que la Tradición] se consolide con los años, se profundice con el tiempo, mejore con la edad» (*Commonitorium* 23, 2.9), sin ceder a ningún cambio que produzca errores y divisiones. A este pasaje añade inmediatamente: «hay que hablar de manera nueva sin decir cosas nuevas» («*dicās nove, non dicās novum*», *Commonitorium* 22, 7). La cuestión aquí se vuelve más delicada porque, a diferencia del pasado, hoy se sabe cuán fundamental es la relación entre el lenguaje y la verdad en él contenida. Decir de forma nueva sin decir nuevos contenidos parece muy difícil.

En este contexto, sin embargo, el santo monje hace otra interesante distinción entre “diferente” y “nuevo”. El hecho es fundamental porque admite la integración de una verdad alcanzada con otras que podrán alcanzarse de manera sucesiva precisamente en el desarrollo y progreso dinámico de la verdad de la fe:

Anunciar a los cristianos católicos algo *diferente* de lo que han recibido nunca ha sido permitido, en ningún lugar, y nunca será permitido. Y condenar a quienes anuncian algo *diferente* a lo recibido por primera vez, siempre ha sido necesario, es necesario en todas partes, siempre será necesario. Por lo tanto, siendo así, ¿quién será tan audaz como para anunciar algo *diferente* de lo que se ha anunciado en la Iglesia? ¿Y quién será tan superficial como para recibir algo *diferente* de lo que recibe de la Iglesia? (*Commonitorium* 12).

A la luz de esto se entiende cómo la verdad de la Tradición siempre apunta a su cumplimiento y nunca se complete en sí misma. En definitiva, el progreso lo exige precisamente la verdad de la fe, la Sagrada Escritura y la Tradición que son su fuente. Será, sin embargo, *verdadero* progreso en la medida en que mantenga un contenido nuevo de manera coherente con el fundamento que lo sustenta y, por tanto, con la revelación y la fe: un progreso homogéneo que se desarrolla a lo largo de los siglos manteniendo firme la *paradoja* peculiar de Tradición entre *inmutabilidad* y *desarrollo*. Es la conclusión a la que llega Vicente de Lérins cuando escribe: «Es, pues, necesario que crezca, que aumente mucho y grandemente la inteligencia, la ciencia, la sabiduría sea de cada creyente, como de todos, tanto de un solo hombre como de toda la Iglesia, con el paso de los tiempos y de los siglos» (*Commonitorium* 24). Estas palabras encuentran eco en las de la *Dei Verbum*: «Esta Tradición *progresa* [...], *crece* [...], *tiende constantemente* a la verdad, hasta que se cumplan las palabras de Dios» (DV 8).



CONCLUSIÓN

El gran capítulo de la Tradición gira en torno a ciertos temas: en qué consiste, cómo se interpreta, qué contenidos le pertenecen y en qué condiciones puede modificarse, si es posible. Estos temas pertenecen a la vida cotidiana de la Iglesia de nuestros días. La respuesta que el concilio ofrece no puede limitarse de manera simplista a algunas motivaciones que se escuchan hoy para justificar el cambio, pero que parecen carentes de argumentos. Algunos sostienen que es necesario eliminar los temas que no están presentes en la Sagrada Escritura; otros afirman que hay conductas que hoy en día ya no se comprenden; otros critican estas posiciones porque la Iglesia debe adaptarse a los tiempos... Expresiones similares, si bien llevan consigo algo de verdad, hacen sonreír, porque reflejan cuán poca familiaridad se tiene con la naturaleza de la propia fe, cuán limitada es la visión que muchas veces reduce a toda la Iglesia a Occidente solamente, y cuánta miopía hay en creer que estos tiempos son verdaderamente los mejores. La fe nos obliga a profundizar, no a detenerse en eslóganes o investigaciones sociológicas.

La tentación de desechar toda reflexión y práctica que ha marcado el pasado porque es incapaz de responder a las preguntas que surgen en el presente, ha estado siempre presente en la vida de la Iglesia. Sin embargo, hay que señalar que, con

una buena dosis de arrogancia, ha habido tradiciones que han sido desechadas simplemente porque son fruto de siglos pasados. Si se tuviese al menos la humildad de captar el significado puesto en algunos signos, entonces se podría comprender el significado que llevó a crearlos. Probablemente, este proceso favorecería una comprensión más profunda y nos haría más cautelosos a la hora de clasificar todo demasiado rápidamente como “tradiciones pasadas”. No podemos dejarnos llevar por sueños nostálgicos de restauración, pero tampoco podemos ceder apresuradamente y privarnos de un necesario sentido histórico que favorezca la comprensión de las culturas y los pueblos en sus expresiones. Es al menos imprudente creer que el pasado no tiene nada que enseñar ni siquiera a nuestros improvisados maestros del presente. El tiempo vuela, pero la historia permanece. Esta dimensión requiere que haya siempre discípulos dispuestos a escuchar y a dejarse fascinar por las conquistas alcanzadas por una época. La discontinuidad como regla de progreso no tiene raíces profundas, y querer seguirla conduce a la esterilidad. La regla de la continuidad, por el contrario, hace fructífero el trabajo del investigador, porque lo introduce en un proceso ciertamente más fatigoso, pero necesario para entrar en el espíritu del tiempo y captar el significado del movimiento en curso.

La expresión “enanos sobre hombros de gigantes” es hoy ya una referencia recurrente a la hora de abordar determinadas cuestiones. En nuestro contexto es bueno reiterar desde ya que es necesario evitar sentirse gigante, cuando se es sólo un enano. El aforismo tiene su propia historia y muestra cuán profundo, veraz y lleno de enseñanzas es también para nosotros. En una época de pedantería, donde todo el mundo habla y murmura, mientras es difícil encontrar alguien que escuche, parece surgir la pretensión arrogante de enseñar a los demás qué hacer, siempre que estén fuera e independientemente de la propia esfera. Nadie debe perturbar la paz, pero tal vez sería mejor decir el sueño, en el que parece haber caído la razón. De esta manera se pierde el gusto por preguntar, por maravillarse y asombrarse ante

algo nuevo que se presenta, aunque pertenezca a siglos pasados. Preguntarse el porqué de las cosas es una urgencia que devuelve fuerza a la razón en un momento en que, sin pensar, “Siri”, o quien detrás de ella provee las respuestas, manteniendo en la comodidad de no pensar en nada. De esta manera, la razón se adormece y se vuelve, cada día más incapaz de buscar el sentido y la trascendencia de lo que nos rodea. La conciencia de ser un misterio para nosotros mismos y parte de un misterio más grande que nos envuelve no conduce a la anulación, sino a descubrir el sentido de esa pertenencia que fascina si emprendemos el camino correcto. Evitar las preguntas más significativas que impone la búsqueda del sentido de la vida no es una conquista, sino el colapso de la propia personalidad.

Por otra parte, el descubrimiento de los grandes ideales como la justicia, la verdad, el amor, surge de su común pertenencia al sentido de responsabilidad que necesita permanecer vivo en nuestras almas, cada vez más dadas a buscar sólo el propio bienestar individual. Olvidar que se pertenece a una cultura, a una civilización y a una religión que permite tener estilos de vida consolidados no es presagio de una nueva cultura, ni siquiera de una nueva civilización. Si uno se avergüenza de los orígenes y todo lo que pertenece al pasado debe considerarse irrelevante, es de temer que en las próximas décadas surgirán hombres y mujeres capaces sólo de relacionarse celosamente con el propio celular, cada vez más privados de sentimientos verdaderos y determinados sólo por el deseo efímero del momento. Autómatas que serán inocuos, porque les molesta pensar y hacer preguntas, acostumbrados sólo a recibir respuestas prefabricadas por otros en el menor tiempo posible, sin ningún deseo de conocer la verdad. En cambio, considerar que entre nosotros ha habido algunos gigantes y que podemos estar sobre sus hombros nos permitiría tener una visión de mayor alcance y ciertamente más profunda.

Vienen a la mente las hermosas páginas de Roger Scruton, filósofo no católico, y sin embargo un hombre libre y, por tanto, profundo, cuando, haciéndose eco del poeta Thomas S. Eliot, escribe:

«La verdadera originalidad sólo es posible en una tradición; esta última, de hecho, es algo vivo y su significado puede cambiar a medida que se le añaden nuevas obras sólo en tanto que cada escritor es juzgado en función de quien lo precedió [...]. Las palabras han comenzado a perder su precisión debido al predominio de la ciencia, de la pérdida del credo religioso, de la proliferación de términos técnicos. Nuestro modo de hablar hoy ya no nos hace capaces de partir de una palabra y hacer surgir el mundo de ella; al contrario, las palabras hoy ocultan el mundo porque no ofrecen respuestas. Son sólo piezas usadas para jugar, diseñadas para llenar el silencio, para enmascarar el vacío que ha descendido sobre nosotros [...]. La religión es el alma de la cultura. Proporciona un repertorio de símbolos, historias y doctrinas que nos permiten hablar de nuestro destino. Constituye, a través de los textos sagrados y de la liturgia, el punto de referencia constante al que pueden regresar el poeta y el crítico, da forma al lenguaje del creyente común, así como al de los poetas, que se encuentran ante condiciones siempre nuevas de vida, como consecuencia del conocimiento, y ante la vida en un mundo en decadencia [...]. Redescubrir nuestra religión no significa liberarse de las instituciones temporales, no significa negar la historia y la corrupción para contemplar las verdades eternas. Al contrario, significa adentrarse más profundamente en la historia, para encontrar en la mera fugacidad de las cosas la huella y el signo de lo que nunca pasa [...]. El intento de redescubrir una tradición a la que pertenecer, que dé sentido y significado al lenguaje, es el intento de encontrar una tradición de pensamiento, de acción, de fidelidad histórica que dé sentido y significado a la comunidad [...]. Nuestra tarea es redescubrir el mundo que nos hizo como somos, vernos a nosotros mismos como parte de algo más grande, cuya supervivencia depende de nosotros y que aún puede vivir en nosotros (*La tradizione e il sacro*, Milano 2015, 82-96).

De nada sirve sentir nostalgia por el pasado si no se es capaz de hacerlo revivir en lo nuevo que se va creando. Esta orientación supone que haya una transición sin ruptura. La continuidad es lo que nos permite superar dispu-

tas y aceptar la innovación. En este contexto podría entrar la categoría de *memoria* con toda su fuerza expresiva. Una cultura sin memoria quedaría a la deriva. Es fácil ver el peligro si se piensa en las diversas intervenciones ambiguas a las que está sometida en particular la cultura occidental, que tienden a convertir en folklore y pieza de museo lo que ha constituido la vida de generaciones enteras. La memoria no es un archivo polvoriento en el cual guardar documentos del pasado que han perdido vigencia, ni un disco duro que almacena datos sin vida y completamente carentes de interés, por lo puedan contener. La memoria es una cadena viva de transmisión que permite vivir en el presente lo que ha constituido la riqueza y el patrimonio del pasado. Dante Alighieri o Fiódor Dostoyevski, Johann S. Bach o Rembrandt no son piezas de museo del arte occidental del pasado, sino memoria viva de una cultura universal que encontró en la fe cristiana el sentido más elevado de su camino de evolución. ¿Por qué una cultura debería encerrarse y oponerse con rechazo a una conquista tal, si ésta ha marcado objetivamente una etapa de crecimiento de la humanidad entera? Quizás en un momento en que las culturas están descubriendo sus propias riquezas de tradición, precisamente en virtud de un proceso de globalización, ¿no se impone con más fuerza la capacidad de coordinar sus riquezas para convertirlas en patrimonio común para pueblos enteros? ¿Por qué la destrucción de las grandes selvas de Brasil debería serme indiferente, sólo porque estoy ocupado defendiendo la planta de mi jardín? ¿O por qué debería rechazar el Evangelio, que ha creado el mayor espacio de libertad en la vida de las personas, para permanecer apegado a los *Dharmasastra* que me obligan a una visión de castas donde el último siempre sufre la mayor humillación? Es mejor, más bien, actuar como la pala en el campo: removiendo la tierra en cada estación, para que permanezca viva y sea capaz de acoger siempre la semilla de lo nuevo que se le ofrece sin secarse jamás. Sin la escucha, como forma de pertenencia que crea identidad, no sería posible dar una respuesta propia de fe ni ser productores de riqueza cultural.

Sólo una recuperación genuina del concepto de *tradición* hará posible todo esto. La Tradición cristiana, en efecto, es una forma de transmisión que se inscribe en un proceso más amplio, que genera un conocimiento cada vez más profundo del misterio de Jesucristo. Expresa un recurso del que los creyentes deben hacerse cargo. Esta Tradición no significa sólo la referencia a una historia de dos mil años que, para bien o para mal, nos pertenece. Más bien, indica una participación directa en una transmisión viva de la fe que da a conocer el amor de Dios. La plenitud infinita de este amor revelado no puede ya crecer más después de la cima alcanzada en Jesucristo, sino sólo irradiarse sin fin por todo el mundo, hacia aquellos que aún no lo conocen. Los cristianos deberían recuperar, en este momento, la memoria perenne del acontecimiento salvífico del que son responsables en el mundo y, en esta coyuntura, repensar el papel de su participación en la misión evangelizadora de la Iglesia. De hecho, cada acción de los cristianos, cuando opera en la sociedad, la política y la cultura, lleva consigo la peculiaridad de ser un anuncio del Evangelio que *salva*. La recuperación del significado de la Tradición y de su valor para el futuro es, por tanto, un camino que recorrer, que no es fácil; de hecho, requiere un esfuerzo de originalidad y una acentuada profundidad especulativa, pero, sobre todo, un acto con el que se tome conciencia de su fuerza y una decisión de volver a proponerla como llena de significado para el futuro.

La verdad cristiana conservada en la Palabra de Dios, que nos ha sido dada, es como el maná en el desierto para los hebreos: no se puede conservar, bajo pena de enmohecerse. Más bien, hay que recogerlo siempre cada día, como un regalo que viene de lo alto. Si transmitir sólo equivale a conservar sin repensar, entonces me temo que no se esté en relación adecuada con la verdad cristiana y mucho menos con el sentido de la Tradición viva que se ha conservado desde los orígenes y que la *Dei Verbum* ha vuelto a proponer. Como escribió Hans Urs von Balthasar en los años previos al Vaticano II: «Honrar la Tradición no nos exime del deber de empezar todo

y siempre desde el principio: no desde Santo Tomás o Newman, sino desde Cristo. Los grandes personajes de la historia cristiana de la salvación se honran haciendo hoy lo que ellos hicieron entonces o lo que harían si vivieran hoy» (*Abattere i bastioni*, Turín 1966, 46). Es justamente así. Para adentrarse en las profundidades de la verdad cristiana se necesita valor y audacia para intentar abrir nuevos caminos que nunca han sido explorados y por eso algunos pueden verse atemorizados. Cuando estas cualidades faltan, nos refugiamos en la repetitividad de lo que ya hemos adquirido, como antídoto contra el miedo a lo nuevo, con el gran peligro, sin embargo, de empobrecer el Evangelio y caer víctimas del aburrimiento.

CAPÍTULO II TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA

Los Apóstoles y sus sucesores, heraldos del Evangelio

7. Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y fuera transmitido a todas las generaciones. Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios altísimo, mandó a los Apóstoles que el Evangelio, primero prometido por los profetas y por él cumplido y promulgado, fuera predicado por ellos a todos como fuente de toda verdad salvífica y de toda regla moral, comunicándoles así los dones divinos. Esto fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido de boca de Cristo, viviendo con él y viéndolo actuar, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación.

Con el fin de que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los Apóstoles dejaron como sucesores suyos a los obispos, “encomendándoles su propio cargo de maestros”. Esta sagrada Tradición y la Sagrada Escritura de ambos Testamentos son como un espejo en que la Iglesia

peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido el verlo cara a cara, tal como es (cf. 1 Jn 3,2).

La Sagrada Tradición

8. Así, pues, la predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse por una sucesión continua hasta el fin de los tiempos. De ahí que los Apóstoles, comunicando lo que de ellos mismos habían recibido, amonestan a los fieles a que conserven las tradiciones que han aprendido o de palabra o por escrito (cf. 2 Tes 2,15), y que sigan combatiendo por la fe que se les ha dado una vez para siempre. Ahora bien, lo que transmitieron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree.

Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo: puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón (cf. Lc 2,19; 51), ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión episcopal recibieron el carisma seguro de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios.

Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición conoce la Iglesia el canon íntegro de los libros sagrados, y la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa, y de esta forma, Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado

Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos con toda su riqueza (cf. Col 3,16).

Relación entre la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura

9. Así pues, la Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura están íntimamente unidas y compenetradas. Porque, surgiendo ambas de la misma divina fuente, se funden en cierto modo y tienden a un mismo fin. Ya que la Sagrada Escritura es la Palabra de Dios, en cuanto se consigna por escrito bajo la inspiración del Espíritu Santo, y la Sagrada Tradición transmite íntegramente a los sucesores de los Apóstoles la palabra de Dios, a ellos confiada por Cristo Señor y por el Espíritu Santo para que, con la luz del Espíritu de la verdad la guarden fielmente, la expongan y la difundan con su predicación; de donde se sigue que la Iglesia no deriva solamente de la Sagrada Escritura su certeza acerca de todas las verdades reveladas. Por eso se han de recibir y venerar ambas con un mismo espíritu de piedad.

Relación de una y otra con toda la Iglesia y con el Magisterio

10. La Sagrada Tradición, pues, y la Sagrada Escritura constituyen un solo depósito sagrado de la palabra de Dios, confiado a la Iglesia; fiel a este depósito todo el pueblo santo, unido con sus pastores en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, persevera constantemente en la fracción del pan y en la oración (cf. Hch 2,42), de suerte que prelados y fieles colaboran estrechamente en la conservación, en el ejercicio y en la profesión de la fe recibida.

El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios escrita o transmitida ha sido confiado únicamente al Magisterio vivo de la Iglesia, cuya autoridad se ejerce en el nombre de Jesucristo. Este Magisterio no es supe-

La Tradición (DV 7-10)

rior a la Palabra de Dios, sino que la sirve, enseñando solamente lo que ha sido transmitido, ya que por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo la oye con piedad, la guarda con exactitud y fielmente la expone, y de este único depósito de la fe extrae todo lo que propone como verdad revelada por Dios que se ha de creer.

Es claro, por tanto, que la Sagrada Tradición, la Sagrada Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el designio sapientísimo de Dios, están entrelazados y unidos de tal forma que no tiene consistencia el uno sin el otro, y que, juntos, cada uno a su modo, bajo la acción del Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas.

CUADERNOS DEL CONCILIO 2

Se terminó de imprimir en XXXX de 2023
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,
Iztapalapa, C.P. 09810, Ciudad de México.

La edición consta de XXXX ejemplares más sobrantes para reposición.